

¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition)

Pages: 252

Format: pdf, epub

Language: Spanish

[\[DOWNLOAD FULL EBOOK PDF \]](#)

¡MÁTAME, SI PUEDES!

Sandra Estévez Calvar

Sigue brillando,
que nada ni nadie apague tu luz.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

(Art. 270 y siguientes del Código Penal). © Sandra Estévez Calvar, 2019

1

Había reservado una habitación en uno de los mejores hoteles de lujo situado en el condado de Conwy, en el norte de Gales. La decoración del inmueble era de estilo romano con fachada victoriana. Los suelos eran de mármol y los muebles de madera antigua. De las paredes colgaban obras de arte pintadas con acuarela y de los techos vertían luz unas sofisticadas lámparas de bronce en forma de cúpula.

La suite era muy espaciosa, elegante y señorial. El baño estaba acabado en mármol italiano con ciertos accesorios chapados en oro.

Después de la acalorada conversación que habían mantenido, en la que él había acabado reconociendo que se había equivocado, en la que le había pedido perdón y una nueva oportunidad para estar juntos y demostrarle que podía contar con él para todo lo que apareciese a partir de aquel momento, decidieron pasar unos días juntos, lejos de Londres. El lugar lo acordaron en el mismo coche, mientras hablaban, pactando mantenerlo en secreto.

Ella se había encargado de hacer la reserva mientras él conducía. Iban sin equipaje, solamente con lo puesto, aunque la joven sabía que el propio hotel contaba con varias tiendas de ropa en la planta baja, tanto masculina como femenina.

Ambos estaban ansiosos por verse desnudos, por tocarse y disfrutar del sexo. Habían pasado tantos años que, esta nueva cita sería como volver a empezar, descubrir lo que le gustaba a la otra persona, experimentar nuevas sensaciones.

Había anochecido y empezaba a llover. Tras aparcar en la parte trasera del hotel, el hombre le dijo que entrase ella para hacer el check-in mientras él hacía unas llamadas urgentes. Su teléfono no había parado de sonar durante todo el viaje. No solía fumar mucho, solo cuando acudía a algún club o evento social, pero sintió la necesidad de inhalar el humo de un cigarrillo. Aprovechó ese momento de distensión para dar una vuelta por las inmediaciones e inspeccionar por si hubiese algunas cámaras que lo estuviesen grabando. Encontró una entrada en la parte trasera del edificio pero estaba cerrada.

Abrió la puerta del maletero y, tras comprobar que estaba todo en la bolsa, entró en el vehículo para cambiar su aspecto, ocultando el pelo con la peluca y encima de esta una visera, se puso unas cejas postizas, un bigote y se cubrió las manos con unos guantes de piel negros. Al salir se vio en el cristal del coche y se alegró de que la persona que veía reflejada no se pareciese a él en nada. Guardó en la bolsa varias cosas más que le interesaban, comprobó la hora en el reloj y extrajo una caja de herramientas que estaba vacía y en la que introdujo la bolsa.

Seguramente ella se habría dado una ducha y lo estaría esperando desnuda para tener sexo salvaje toda la noche. También cabía la posibilidad de que estuviese hablando por teléfono y, pese a que le había dicho que esa escapada la mantendrían en secreto, existía el riesgo de que llamase a alguno de los hombres que trabajaban para ella y le avisara de que estaría fuera unos días. Tendría que haberle sacado el móvil, pero eso haría que desconfiara y, por el momento, necesitaba que se fiara de él. Durante ese ínterin, la joven le había enviado innumerables mensajes de contenido erótico y sexual. Parecía estar impaciente por tenerlo entre sus piernas.

Antes de entrar la llamó para que le dijese el número de habitación y le comentó que pidiese que subieran champán. Al colarse en el hotel se dirigió al ascensor que utilizaba el personal de servicio. Iba vestido con un mono de trabajo, como los que utilizaban las empresas que hacen trabajos de mantenimiento en la mayoría de los hoteles de la zona, por lo que no llamó la atención de ningún recepcionista. Los pasillos tenían cámaras, viéndose obligado a buscar las zonas ciegas. Allí se deshizo del mono y del resto de accesorios y volvió a guardarlos en la caja. Por suerte la joven estaba en el jacuzzi así que no tuvo que buscar una excusa sobre lo que llevaba en la caja. El personal de servicio había dejado un carrito con el champán y unas pastas.

Se desnudó y entró en el baño. Ella estaba en la bañera, con la cabeza apoyada en uno de los dos reposacabezas que esta tenía. Se sentía como una diosa.

—Hola, chico malo —dijo ella con una expresión seductora. Al verla desnuda la virilidad del varón se hizo patente.

Le tendió una mano.

Él entró con cuidado y se colocó frente a ella, la cual tomó la iniciativa sin esperar. Lo agarró del pelo y lo besó con intensidad y desesperación, mordisqueando sus labios mientras rodeaba su cintura con las piernas. Sus pechos operados estaban duros como el acero.

—Quiero gozar —susurró ella, dirigiéndole una mirada aviesa mientras rodeaba su miembro con dedos juguetones, friccionándolo con fogosidad.

Pese a tener otras intenciones, la efusividad de la chica y aquellos ojos turbios de deseo lo habían excitado demasiado, y un deseo embriagador lo estaba cegando. No podía abstraerse, él también quería saciar el hambre de sexo. La protuberancia de su enorme miembro la atrapó con brusquedad, de una estocada, llenándola por completo. La chica gritaba groserías al tiempo que gemía y jadeaba ahogadamente. El placer los hizo estremecer hasta que le dio la vuelta y puso sus manos en las caderas de ella para entrar y salir de su interior. La ensartó una última vez hasta que una oleada cegadora de placer los acometió. Se oyeron sus resuellos hasta que ella volvió a la acción y se lo llevó a la habitación. Estaban mojados, pero les dio igual. La chica empezó a jugar con su sexo, dejándolo al límite del placer. Lo empujó al diván, un mueble de madera de roble y lino gris oscuro.

—Voy a hacerte todo lo que no pude durante estos años que estuvimos separados —murmuró en su oído.

Hizo que se sentara y empezó a practicar sexo oral y, cuando lo tuvo suficientemente excitado, se colocó enfrente, con las piernas ampliamente abiertas y apretando su cuerpo contra el de él y permitiendo que este chupara sus pezones. Luego le dio la espalda, dejando que el chico la cogiera de la cintura para afianzar las penetraciones. Él se recostó hacia atrás y ella masajearó su clítoris mientras movía las caderas con vigorosidad. Sus pechos saltaban hasta que llegaron juntos al orgasmo.

—¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor? —preguntó, con expresión de loba y dando un azote en la nalga del chico—. Yo sí. Los dos éramos unos críos —lo miró con picardía—. Lo bien que lo pasamos, sin inhibiciones en la cama, ¡verdad! Brindemos por esos momentos y por los que vendrán a partir de ahora.

Se levantó y tiró de la mano del chico.

—Brindemos por nosotros y por lo que vendrá a partir de esta noche —propuso él. Su mirada era prometedora.

Alzaron las copas y las hicieron sonar. Después de repetir varias veces hasta acabar la botella, volvieron a la cama para seguir dando rienda suelta al deseo hasta hacerse añicos y quedarse dormidos. Cuando supo que estaba profundamente amodorrada e impulsado por su demonio interior, se sentó sobre el cuerpo de la joven, cogió una almohada y cubrió la cabeza de la chica con ella, que se despertó asustada y buscando oxígeno. Tuvo que ejercer una fuerza descomunal para que se moviera lo mínimo, pues la joven, en un reflejo de supervivencia, no dejaba de agitarse. Apretó más fuerte. No quería ver su cara de pánico al no poder soltarse del agarre y coger oxígeno. Sabía, porque lo había consultado en internet, que las víctimas de asfixia primero mostraban resistencia, luego entraban en la fase de anemia cerebral, es decir, se desmayaban, y acababan falleciendo. Entre la primera fase y la última pasaban menos de cinco minutos.

En cuanto vio que había pasado el tiempo estipulado se apartó de su lado. ¡Lo acababa de hacer y no se lo creía! Inquieto, se llevó las manos a la parte trasera de la cabeza y comenzó a dar vueltas por la habitación. Era tarde para retractarse, había dado un salto al vacío y no había vuelta atrás. Ella estaba muerta y él tenía que dejarlo todo bien atado para que nada lo relacionara con esa muerte. ¿Cuál era el siguiente paso? El pecho le palpitaba desbocado. Empezó a rebobinar. Unos días antes lo había consultado y estudiado todo. Tenía que limpiar la escena del crimen. Según decían los expertos, los delincuentes eran como animales; iban dejando huellas que después ellos encontraban. Siguiendo un ritual, se puso unos guantes quirúrgicos, fue al baño y lo limpió con una bayeta, que había llevado en la bolsa, y lejía, tiró de la cisterna y derramó en ella un buen chorro del líquido desinfectante. A continuación, y procurando hacer el mínimo ruido posible, hizo lo mismo en el diván y guardó su copa en la bolsa. Era una prueba que contenía sus huellas. Como pudo, pues el cuerpo de la mujer estaba tendido sobre la cama, arrancó las sábanas, la funda de la almohada donde se había acostado él y la colcha. Las dejaría en el carrito de la limpieza que había visto en la entrada del pasillo. Allí había más y estas las metería por debajo. Volvió a mirar a la chica. Sus cabellos estaban desparramados de cualquier forma sobre el colchón. El cuerpo podía guardar pruebas relevantes que lo podían incriminar así que la cogió en brazos y la introdujo en la bañera, la cual llenó de agua muy caliente con lejía. Al acabar, guardó en la bolsa la ropa que la chica llevaba puesta: un vestido marrón con lunares blancos, la ropa interior, los botines de piel y, para el final, dejó el bolso y el móvil. Este último intentó desbloquearlo, pero pedía la huella dactilar de la chica. Se acercó al baño, le secó las manos con una toalla y fue probando con sus dedos hasta que dio con el que tenía predefinido. Tal y como había sospechado antes de entrar en el hotel, la chica había llamado a varias personas y una de ellas era el gorila que trabajaba para ella. Revisó las fotos y en ninguna aparecía él, tampoco en mensajes. Tras apagarlo lo despedazó con la idea de tirarlo en algún sitio lejos de allí y de Londres.

Una vez comprobó que lo tenía todo atado y había limpiado todo lo que recordaba haber tocado, se puso la ropa que se había sacado al llegar a la habitación y, por encima de esta, el buzo. Se fijó en la hora. Eran más de las cuatro y había terminado. Echó un último vistazo, por si se le había pasado algo por alto y lo único que vio, fuera de lugar, fue el cuerpo inerte de la chica, flotando en el agua. Pronto aparecería la rigidez cadavérica y signos de cianosis en la cabeza y las manos debido a la falta de fluido sanguíneo y el aumento de hemoglobina.

Con los guantes de piel cerró la puerta, salió de la estancia y utilizó el ascensor de servicio. El hombre que estaba en recepción vio que salía del elevador. A aquellas horas era imposible que hubiese gente haciendo reparaciones en las habitaciones o en las zonas comunes así que llamó su atención, pero el joven siguió andando, sin atender al llamamiento. En cuanto estuvo fuera, apuró el paso hasta llegar al coche. No podía arriesgarse más, no podía permitir que lo viesen, pese a ir disfrazado. Arrancó el vehículo y partió, dirección Londres. El trabajo que lo había llevado a Gales, había concluido.

2

Seis meses antes...

Se sentó en el nuevo y mullido sofá que había pedido que instalaran en su despacho situado en la planta alta de la vivienda. La chimenea desprendía el calor suficiente como para trabajar de manera cómoda durante todo el día. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa que tenía frente a los pies y frotó los ojos insistentemente. Llevaba varias horas trabajando sobre un guion nuevo que la mantenía apartada de los líos de sus dos hermanos, pese a los ruidos habituales de la gente que trabajaba en la casa y las interrupciones de Daisy.

El despacho olía a flores frescas que solía comprar personalmente en el mercado. Rosas, lirios y lavanda. Tras el sofá estaba una gran y ornamentada ventana francesa cuyo marco llegaba al suelo, típica del siglo XVII en las casas coloniales, y que a ella le encantaba por el aporte de luz natural a esa estancia y porque daba una sensación de mayor amplitud.

El crepitar de la chimenea hizo que se envolviese en la sofisticada y esponjosa manta de piel que tenía doblada en el otro extremo del sofá. Le fascinaban esos momentos de calma y silencio. Disponía de muy poco tiempo libre, pero se había impuesto una norma diaria: disfrutar de al menos quince minutos de placidez en el sofá o en su banco preferido del lago. Normalmente el teléfono móvil quedaba sobre la mesa del escritorio, en silencio, apagaba la pantalla del ordenador para que ningún ruido la distrajese y también la PDA.

El sonido de unos nudillos en la puerta de su despacho hizo que abriese los ojos y se incorporase.

—¿Holgazaneando otra vez? —dijo la mujer que entró. Sus tacones pisaban fuerte sobre el suelo de madera—. Cada vez que entro en este despacho te encuentro postrada en ese sofá. ¿No te

aburres con tanto silencio y tanta paz? Querida, al menos pon algo de música.

—Pues no, querida hermana, y alguien tiene que trabajar en esta familia, ¿no crees?

El gato que dormitaba a sus pies se movió al escuchar la voz de Alison. La relación entre ambos todavía no había fraguado. Ella odiaba los gatos y se conocía que el animal lo había captado al poco tiempo de ser adoptado por Holly.

—Sí, por supuesto, querida. Me levanto temprano para ir al GYM, luego toca tomar café con las chicas para ponernos al día —se llevó la melena hacia atrás presumiendo de estar demasiado ocupada. Para ella la vida social era lo más importante—. El tiempo no me da para más.

—Me hago cargo de la situación —agitó la cabeza—. Tanto estrés no es bueno. Debes acabar el día saturada —atajó Holly—. ¿Querías algo más de mí aparte de decirme que soy una vaga?

Su hermana no había trabajado nunca ni tampoco había querido formarse. Con tan solo veintidós años había contraído matrimonio con Milton, el hijo de unos amigos de sus padres. Ambas familias lo habían hablado al poco de nacer y habían crecido con ese estigma.

—Venía a preguntarte si también has recibido la invitación para la fiesta de los Miller. Es este fin de semana.

Holly dio varios pasos hasta llegar al escritorio de madera de nogal y remates de bronce, y localizó el sobre que había recibido días atrás. Se trataba de una gala benéfica en la mansión de esa familia en la que se recaudaban fondos para fomentar la investigación de enfermedades raras. La única condición, como en casi todas las galas de ese tipo, era que antes de asistir, cada invitado debía transferir quinientas libras en la cuenta que aparecía en la invitación.

—Aquí la tengo.

Volvió a dejarla sobre la mesa con desgana.

—Chica, lo dices como si fuese algo nimio. Te recuerdo que asistiré lo mejor de lo mejor —formuló tras ver la poca energía de su hermana—. Mañana tengo la prueba del vestido. Tiene que ser sorprendente... como siempre —expresó con un gran brillo en los ojos—. ¿Qué me dices del tuyo!? Deberías engordar un poco para que te sentaran mejor. Estás esquelética.

—Me probaré alguno del armario de mamá. No tengo tiempo para ir de compras —comentó, elevando los hombros sin darle demasiada importancia al acontecimiento. El gato dio un salto para acomodarse entre sus brazos.

—¡Estás loca! Sabes que acuden políticos, deportistas, famosos y personalidades de la alta sociedad, tanto inglesa como del resto del mundo —Alison se sentó frente a la hermana y cruzó las piernas con suma elegancia—. Si estás dispuesta a hacer el ridículo, adelante. Yo he quedado con Theo, como siempre. Si quieres le digo que busque algo para ti.

—No, gracias. No tengo cabeza para eso y sí muchísimo trabajo. Lo importante en estos casos es colaborar. Hay que decirle a Curtis que haga el ingreso en esa cuenta. ¿Te encargas tú de hablar con él? —suspiró mientras Tora ronroneaba sobre sus piernas.

—Ese argumento sería justamente lo que habría dicho nuestra madre de estar viva. Lo importante es colaborar, para eso es una gala benéfica, pero ello no quita que acudamos bien vestidas y seamos el centro de atención. La ocasión requiere estrenar vestuario y lucir, de manera

radiante, alguna de las joyas que nos dejó nuestra querida madre —se levantó con la habitual mirada de inquieta soñadora—. Yo se lo diré a Curtis y deja de acariciar a ese bichejo, que, para colmo, es negro. ¿No sabes que los gatos negros traen mala suerte?

—Eso es un falso mito, Alison. Los gatos nos ayudan a mejorar nuestro estado físico y mental pues alivian el estrés y hacen que seamos menos negativos. ¿Sabías que el 83% de las personas que tienen un gato en casa se sienten menos solas?

La hermana agitó la cabeza.

—Definitivamente pasar tantas horas encerrada en el laboratorio y en este despacho, te está afectando al cerebelo o como se llame eso que tienes ahí dentro —subrayó Alison antes de abandonar la estancia y señalando la mollera con un dedo.

Holly dejó caer la cabeza unos minutos en el respaldo del sillón antes de proseguir con el trabajo. Todavía había tiempo para elegir el vestido ideal para esa gala benéfica. Su progenitora siempre había tenido muy buen gusto a la hora de vestir y sus ropas nunca pasaban de moda. Estaba convencida de que en su ropero encontraría el atuendo perfecto dado que usaba la misma talla que su madre cuando estaba soltera.

Encendió la pantalla del ordenador, su PDA y colocó el teléfono móvil a mano. Estaba lista para seguir con su trabajo antes de ser nuevamente interrumpida.

3

El matrimonio Miller recibía a los invitados en la escalinata de mármol exterior la cual habían forrado con moqueta roja. A medida que los asistentes iban entrando, una persona del servicio se encargaba de entregarles el libro de instrucciones en el cual aparecía la posición que ocupaban en la mesa, el menú que se serviría y les indicaba el salón donde se realizaría el banquete. En el fondo del mismo una banda formada por cinco personas amenizaría la noche con música clásica y folclórica.

Holly y Alison llegaron puntuales a la mansión señorial. Su hermano había declinado la invitación alegando que tenía un compromiso más importante que no podía posponer. Muchos invitados, con título y fortuna, esperaban para ser recibidos por los anfitriones en una larga fila. Las dos hermanas, después de caminar por serpenteantes adoquines, llegaron a la altura de un hombre que, con toda probabilidad, llevaría toda la vida sirviendo a esa familia de alcurnia, y que, como era tradición, habría heredado la profesión de su padre. Él era el encargado de comprobar que los que se presentaban estuvieran en la lista y se dio la casualidad de que, al identificarse, el varón les dijo que no estaban anotadas.

—¡Cómo que no! —balbuceó Alison, llena de indignación.

—Eso no es posible, caballero. Revise una vez más la lista —intervino la guionista. Ella misma le había dicho a su hermana que avisara a Curtis para hacer la transferencia del importe correspondiente a dos asistentes.

Tras echar un nuevo vistazo negó con la cabeza.

—Lo lamento, señoritas, pero sus nombres no aparecen en la lista, por lo que, sintiéndolo mucho, les pediría que se hiciesen a un lado. Tengo órdenes expresas de no dejar entrar a nadie que no aparezca en esta relación —les informó, elevando la lista unos centímetros. Iba vestido con el chaqué reglamentario. Pantalón marengo rayado, camisa blanca con cuello wing y puño doble, corbata negra con nudo windsor, chaleco, levita negra, zapatos de cordón negros y guantes de algodón blancos.

—Tiene que tratarse de un error —su expresión era de no comprender absolutamente nada.

—Por supuesto que es un error —insistió Alison—. Está usted hablando con las hijas del reputadísimo doctor Taylor. Será mejor que llame a su patrón. Sé que, en cuanto lo haga, tendrá que pedirnos disculpas —expuso con arrogancia.

Los invitados que estaban tras ellas escuchaban la conversación con incredulidad, mirándolas con ojos críticos.

El empleado cogió el teléfono móvil, marcó el número del anfitrión de la fiesta y se apartó unos metros para hablar con intimidad. Segundos después volvió a su posición.

—El señor Miller ha corroborado lo que yo les he anunciado. No pueden entrar si no están en la lista.

—Pero... ¿le ha dicho quiénes somos? —perseveró la hermana mayor de los Taylor mientras se acercaba al hombre, quedando a unos centímetros de este.

La fila de invitados cada vez se hacía más larga.

—Por favor, háganse a un lado. Esta gente está esperando para entrar.

—¡Cómo se atreve a ser tan grosero! —chilló irritada.

—Esto tiene que ser cosa de Curtis —se apresuró a decir Holly en un tono de voz poco más alto que un susurro.

Dispuestas a irse de la fiesta a la que ni siquiera habían tenido opción de poner un pie en el interior, Cooper Jones se acercó a los tres preguntando si había algún problema.

—Nosotras no tenemos ningún problema —protestó la mayor—. Lo tiene él, que dice que no aparecemos en la lista y por tanto no podemos entrar. Tiene que haber un error, nuestro hermano se encargó de hacer las transferencias.

Tan pronto acabó de decir eso último miró hacia su hermana y lo entendió todo. Curtis se había olvidado.

Cooper cogió el teléfono móvil y llamó al señor Miller, con el que tenía una gran amistad.

—¡Qué tal, Albert! Siento molestarte, pero aquí abajo hay un problema con dos de tus invitadas.

El anfitrión debió comentarle que estaba al tanto del mismo pero que no podía hacer nada, que la mesa estaba dispuesta para un número determinado de comensales.

—Lo comprendo —dijo con la faz arrugada. Unos pequeños pliegues en la frente lo hacían más atractivo de lo que parecía a simple vista—. Tengo una idea. Qué te parece si entrego a tu empleado un cheque por el doble de lo que deberían haber transferido, ya sabes, para compensar las molestias. Solo tienes que hablar con mi hermana y ella se encargará de disponer dos servicios más en la mesa —añadió con aire caviloso.

La hermana de Cooper trabajaba como encargada de salón en la mansión de los Miller desde hacía muchísimos años.

Albert calló unos segundos antes de responder.

—Está bien. Entrega el talón a mi hombre. Sabes que si fuese por mí las dejaría pasar sin más, pero se trata de una fiesta benéfica. Encárgate tú de comunicárselo a tu hermana.

Ambos colgaron.

—Señoritas, todo arreglado —anunció, indicándoles con una mano que ya podían pasar.

Alison cogió a su hermana del brazo y caminaron por el sendero del extenso jardín hasta llegar a donde estaban los anfitriones, a los que saludaron con una leve inclinación de cabeza y pidieron disculpas por todas las molestias que les habían causado. Cooper pasó tras ellas y buscó a Bernie, su hermana, que estaba al lado de un perchero de nogal del siglo XIX tallado a mano, para que procediese a incluir dos platos más. Estaba acostumbrado a dirigir, a realizar cambios a última hora y a improvisar. El mundo de la moda era así; todo sobre la marcha.

Al entrar en el salón, las dos hermanas dejaron boquiabiertos a más de un invitado. Holly, conocida además de por su trabajo, por su fabuloso estilo a la hora de vestir, había elegido un vestido de noche en tono plata y rosa pastel con lentejuelas y cristales de Swarovski. En su cuello lucía un collar de diamantes con tres niveles a juego con un brazalete. Su hermana se había decantado por un vestido evasé de dos piezas diseñado por Theo, el socio de Cooper. El cuerpo del mismo, ceñido, llevaba pequeños adornos en pedrería, discreto escote en pico que se pronunciaba en la espalda y la falda, realizada en crepé, tenía una gran abertura en la pierna. Un collar de brillantes adornaba el escote.

—¡Qué vergüenza he pasado ahí fuera! —susurró Alison a la hermana.

—Curtis se va a enterar —gruñó la guionista—. Menos mal que ese hombre se ofreció para ayudarnos. No sé quién es pero tengo que hablar con él. Curtis debe extenderle un cheque con urgencia, aunque eso será después de escucharme. Pienso sacarle los colores.

—¿No lo conoces? —preguntó, muda de asombro—. No sé en qué mundo vives, querida. Se trata del socio de Theo, mi modisto.

Holly lo buscó por todo el salón, en el que lucían grandes tapices de los siglos XVIII y XIX, profusos adornos y porcelanas, hasta localizarlo. Estaba hablando con la cantautora británica con mayores ventas en el mundo y la famosa escritora, autora de una reconocida serie de novelas fantásticas en las que no faltaba las aventuras y la magia. Pasado un rato charlaba con un actor que, en el año 1999 había sido nombrado por la reina, Isabel II, Oficial de la Orden del Imperio Británico. En

cuanto vio que daba unos pasos en sentido contrario a ella y con la intención de seguir saludando a sus conocidos, fue hacia él.

—Hola —lo saludó, tendiéndole la mano—. Muchas gracias por haber intercedido por nosotras ahí fuera. Ha sido un terrible despiste de nuestro hermano, Curtis, y que nos ha hecho pasar un mal rato.

—Curtis —repitió el diseñador—. Creo que ha venido alguna vez por el taller. Mi socio ha confeccionado varios trajes para él —le explicó, por no decirle que en diversas ocasiones se habían cruzado en carreras de caballos.

—Puede ser. Últimamente anda muy despistado. Normalmente llevo la chequera conmigo pero hoy no es el caso. Comprenderá que en estos bolsos apenas cabe nada —confesó, sonriendo y mostrándole el tamaño del clutch. Le haré llegar el cheque lo más rápido posible.

Varios deportistas se acercaron a él para saludarlo. Se disculpó para atenderlos. De espaldas a ella, Holly se fijó en su atuendo. Vestía un elegante chaqué azul con camisa blanca y corbata. Su porte era el de una persona tranquila y capaz.

Instantes después se acercó otro actor que había protagonizado la película de un Superhéroe y se lo llevó hacia un grupo de personas que estaba al otro lado del salón. La guionista, cansada de esperar para recuperar la atención del diseñador, localizó a Alison con la mirada y la halló hablando con unas cuantas solteras que estaban allí con una única misión: cazar un marido millonario.

—Mierda —bramó Alison hacia la hermana con la frente muy fruncida—. Milton ha venido a la fiesta.

Con disimulo lo buscó en el salón y lo vio charlando con dos matrimonios que eran de su misma edad.

—Tranquila. Delante de toda esta gente no te diré nada —volvió a mirarlo—. Además, Alison. Él tiene tanto derecho como tú a estar aquí. Ahora mismo estáis formalmente divorciados.

—Lo sé. Yo solo quiero que me deje en paz —aclaró, pero sin poder dejar de verlo.

—Hará falta mucho tiempo para olvidar lo que pasó entre vosotros, teniendo en cuenta cómo finalizó la relación y las causas que motivaron el divorcio. Sin pretensiones de defender sus actuaciones posteriores a la separación, siempre te he dicho que él tiene sus motivos para estar dolido contigo.

—Sí, claro. Ahora la maléfica del cuento soy yo.

—No he dicho eso. Solo que él tuvo que haberse sentido ofendido, dolido y engañado. Perdóname que te lo diga una vez más, pero fuiste tú la que ocasionó la ruptura. Milton siempre estuvo enamorado de ti —opinó la guionista.

—¿Y eso lo justifica para perseguirme, acosarme y molestarme donde quiera que vaya?
—preguntó enojada.

—No y mil veces, no —la tomó del brazo y se giraron en sentido contrario al que estaba su ex—. Hemos venido para pasarlo bien así que olvídate de él.

En ese mismo instante los anfitriones entraron en el salón para dar comienzo a la cena en una mesa en forma de herradura con hermosos arreglos florales, en la que se serviría trucha de Landö con capa de hierbas, chuletas de cordero y, por último, fresas con crema.

Durante la cena el grupo musical agasajó a los invitados con piezas clásicas de ópera del compositor italiano, Puccini, de Piovani, Bach y Mozart.

—Oye, Alison. Ese tal Cooper, ¿está emparentado con los Miller?

—Creo que no. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en especial. Solo que lo veo muy suelto y saluda a cada uno de los invitados como si fuese él el anfitrión —señaló.

—Lo sé, querida. El tío está bueno, pero olvídate. Es socio de Theo, por lo que ya sabes su condición sexual —mover los hombros en señal de asentimiento—. Nunca nadie ha visto a Cooper con una mujer a solas. Quién sabe, quizás sean pareja.

—En cualquier caso, se trata de sus vidas privadas.

Dos jóvenes se acercaron a ellas y las invitaron a bailar. Sonaba el famoso Vals Inglés, más conocido como el Vals lento y muy parecido al vienés. Ciertas leyendas cuentan que este Vals fue una petición de la reina Victoria de Inglaterra tras un viaje a Austria. Pidió a su profesor de danza que se lo enseñara, que, debido a su cojera, hubo que modificarlo haciéndolo más lento.

Las parejas se colocaron unas al lado de las otras, dando giros lentos, estirados y elegantes. Al finalizar el vals el propietario de la mansión tomó la palabra.

—Queridos amigos, mi esposa y yo agradecemos que hayan querido acompañarnos en esta noche tan especial —dirigió la mirada hacia ella—, no solo por ser un acto benéfico sino porque hoy es el aniversario de esta bella dama. La mujer que ha decidido estar a mi lado y con la que tengo tres hijos, hermosos y sanos —tomó a la mujer de la mano y se la besó—. Como bien saben mi esposa es argentina y le encanta el tango. Por esa razón os invitamos a bailar esta pieza. Sabemos que es un baile muy sensual así que no os cortéis y agarrad fuerte a vuestra pareja. He pedido a este maravilloso grupo que ameniza la noche que hiciera unos arreglos. Espero que se diviertan —por segunda vez besó la mano de Catalina.

El reconocido tango, Por una cabeza, de Carlos Gardel, comenzó a sonar a golpe de acordeón. Los invitados se hicieron a un lado entretanto la pareja bailaba acompasada y con el cuerpo erguido. Todos sabían lo consumados bailarines que eran. Dos parejas también se unieron a ellos. Cooper preguntó a varias chicas si deseaban acompañarlo pero todas declinaron la oferta. Un tango no lo bailaba cualquiera y ninguna quería hacer el ridículo.

—¿Crees que sabe bailar tango? —murmuró Alison tapándose la boca para que nadie supiese lo que decía—. Querida. Me parece que somos las únicas que han ido a clases de danza y bailes de salón, pobrecitas.

Holly notó el tono burlón en la voz de su hermana.

Cooper se puso frente a ellas y preguntó si alguna quería bailar con él.

—Mi hermana estará encantada de bailar contigo —intervino Alison con esa mirada maliciosa que Holly tanto conocía.

El diseñador tomó su mano y se acercaron a las otras parejas que se arremolinaban en el centro del salón.

—Lo hace muy bien —comentó, para su sorpresa y desconcierto—. ¿Dónde ha aprendido a bailar?

La tierna curva de los labios de Cooper dibujó una sonrisa sincera.

—Y usted parece estar en su salsa —dictó ella, también sorprendida—. Mi madre nos enseñó. Era española y, en vez de bailar parecía que volaba. Elegante, discreta y siempre con una sonrisa deslumbrante en el rostro, y no. Esta no es precisamente mi salsa sino un compromiso. Preferiría estar en mi propia casa, con mi Daisy.

—Intuyo que no le van las reuniones sociales —comentó, observando a la hermana que no paraba de coquetear con un soltero que le había llevado una copa de champán.

La guionista se percató de que la estaba observando.

—Somos muy diferentes —inquirió, encogiéndose ligeramente de hombros en un gesto despreocupado, como si eso formase parte del baile—. Ella es más de vida social, de relaciones, de pompa, tumulto y ruidos. En mi caso, si acudo a algún evento es porque con mi asistencia ayudo a alguien, como es el caso de esta noche —lo miró a los ojos—. Ahora estará pensando que soy una excéntrica.

—Todo lo contrario, me parece muy interesante su punto de vista.

Se produjo un silencio revelador interrumpido por la música.

—Ha sido una cena perfecta —opinó.

—Sí, ha sido una velada maravillosa —contestó, sin más entusiasmo que el que le producía bailar el tango con una mujer hermosa.

Tan pronto finalizó el baile, el anfitrión anunció que podían pasar a otra sala contigua donde se serviría tarta, más postres y champán francés. Holly buscó a Alison y su grupo de amigas y Cooper se acercó a los propietarios de la mansión.

Durante la noche la guionista se había fijado en una joven de aspecto triste. Su manera de vestir, algo ordinaria para un lugar de esa categoría, distaba mucho de ser elegante. El pelo oscuro, que le llegaba a la cintura, lo llevaba suelto y vestía un vestido con estampado floral sin mangas, cuello redondo, escote en la espalda en forma de triángulo y una cinta de terciopelo negra a la cintura.

—Alison. Tú, que conoces a cada uno de los asistentes a esta fiesta, ¿sabrías decirme quién es aquella chica que está sentada sola? —con el mentón señaló el lugar dónde se encontraba la muchacha.

—Ah, es Chloe, la fea. ¿Te has fijado en lo mal que viste? —hizo un mohín de desprecio—. Es la hija de los Evans, una marginada. No sé si conoces la historia de su familia.

La guionista apretó los labios y negó con la cabeza.

—Las malas lenguas dicen que ella y su hermano mataron a sus padres a golpes y, la verdad, ella

parece una mosquita muerta, pero habría que verla en acción. Por dinero baila el perro, en este caso, la perra —susurró.

—¡Ah, sí! Pero tú no crees esas nimiedades, ¿verdad?

Alison negó con la cabeza con rotundidad y buscó la forma de alejarse de su hermana o acabaría reconociendo que ella también se había mofado de la joven, lo cual no era mentira. Incapaz de seguir en aquella fiesta sin hablar con la chica se acercó a ella y se presentó.

—Hola. Soy Holly Taylor. Creo que no nos han presentado —la saludó, tendiéndole la mano.

La chica sonrió con timidez.

—Encantada de conocerla, señorita Taylor. Me llamo Chloe Evans —dijo de una manera muy correcta y formal.

Holly pidió a un camarero dos copas de champán y se sentó junto a ella. En poco tiempo logró averiguar que había estudiado económicas en Cambridge, la segunda universidad de habla inglesa más antigua del mundo pero que en la actualidad no tenía trabajo.

La guionista tenía una gran capacidad de calar a la gente en cuanto charlaba un rato con ella por eso le fue fácil emitir un juicio rápido sobre la joven. Rostro triste y pálido. A simple vista se mostraba tímida y cohibida, como si la dominase algún tipo de miedo y parecía muy inteligente y culta. Su voz era modulada, se expresaba con educación y utilizando un vocabulario rico en adjetivos. Llevaba unas gafas de pasta que no le favorecían en absoluto y zapatos planos, y tenía todas las trazas de ser de su misma edad. Los demás invitados apenas le habían dirigido la palabra.

—Una fiesta fantástica, ¿te estás divirtiendo? —preguntó la guionista.

—Me gustan las fiestas, pero cuando hay una causa benéfica, como es el caso, me gustan mucho más, aunque lo cierto es que no suelo acudir a casi ninguna.

—No lo entiendo. Si te gustan, ¿cuál es la razón que te impide acudir? —preguntó tras tomar un sorbo de champán.

La chica agachó la cabeza, mirando hacia las manos, que no dejaba de moverlas de forma nerviosa.

—No puedo ir si no me invitan —explicó con timidez.

Holly deseó enterrar la cabeza igual que lo hace el avestruz. ¡Quién le mandaría a ella abrir la boca!

—¡Pues sabes que te digo! Pienso que deberías ser tú la que organizase una fiesta en tu casa. Seguro que iría muchísima gente y sería todo un éxito, como la de hoy, ¿te animas?

—No te molestes en ser amable conmigo, de verdad. Te lo agradezco mucho pero ya estoy acostumbrada a que la gente me ignore y me trate como a un bicho raro. Si pasas demasiado tiempo conmigo acabarás con menos amigos de los que tenías al comienzo de esta cena. Solo tienes que preguntárselo a tu hermana —dictó con absoluta convicción. A aquellas alturas ya lo tenía más que asimilado.

—No deberías hablar así —hizo una breve pausa para mirar su rostro triste—, mucho menos si es de ti. Si no nos valoramos nosotras mismas, ¿quién lo hará?

—De veras que estoy bien. Esto que ves son mis señas de identidad —bajó la vista a sus manos.

—¿No trabajas?

—Ahora mismo no. Hasta hace unos meses estuve cuidando unos niños que son hijos de unos amigos de mis padres, pero los críos crecen y ya no les hago falta. Me encantan los niños, se me daban muy bien —explicó, nostálgica.

—Trabajar te ayudaría a estar ocupada, a sentirte valorada e integrada. Eso es muy interesante. Si me entero de alto te lo hago saber, ¿te parece?

—Sería estupendo, pero, por favor, no quiero causarte ninguna molestia. Mi hermano dice que nadie me dará un trabajo —el encogimiento de hombros fue elocuente.

—Ya le vale a tu pariente. Menuda forma de animar a su hermana —dijo con rabia—. Bueno, lo vamos viendo, pero quiero que sepas que cuentas con mi apoyo, por si cambias de opinión; es más. Me encantaría ayudarte a organizar una gran fiesta en tu casa —buscó en el bolso una tarjeta suya y se la entregó—. Cualquier cosa que necesites o si quieres hablar, no dudes en contactar conmigo. ¿Me das tu número?

Chloe asintió con la cabeza y le cantó el número de teléfono. Sabía que lo decía de verdad, pero en aquel momento no estaba para montar una fiesta en su casa. René, su hermano, era uno de los seres más antipáticos que conocía. Se pasaba el día refunfuñando y criticando cada una de las cosas que ella hacía, cada palabra que pronunciaba. Él era más eremita incluso que ella. Sabía que por las noches bebía más de la cuenta pues lo había pillado en la biblioteca con su copa de whisky escocés, la cual rellenaba varias veces durante la noche. Su hermano nunca permitiría esa fiesta en casa de sus difuntos padres. Otra razón que la echaba para atrás eran los ominosos ruidos que escuchaba cuando estaba en cama o se distraía leyendo un libro en la biblioteca. Normalmente estaba sola cuando se producían y hacían que se estremeciera y tapase la cara con las manos. René se burlaba de ella cuando se lo comentaba, decía que estaba loca y que todo era fruto de su imaginación tras la muerte fortuita de sus progenitores.

Tras despedirse de aquella joven singular, la guionista regresó con su grupo de amigas.

—¿Qué te ha dicho la rara? ¿Sigue escuchando fantasmas? —preguntó Ava, la mejor amiga de Holly.

Todas se echaron a reír.

—Ava, ¡no podías ser un poco más discreta! —reforzó la negativa con la cabeza. A veces se preguntaba cómo podía soportarla.

—Chica, no lo puedo remediar —se cubrió la boca con una mano—. ¡Mírala! Parece haber salido de un gallinero lleno de piojos, garrapatas y todo tipo de ácaros.

Las demás chicas rieron sus gracias entretanto brindaban con champán.

—Así no la ayudáis en nada. ¡No veis que está llena de complejos! Pobre chica.

—De pobre nada, que su patrimonio es superior al de cualquiera de nosotras —manifestó su hermana.

—¿Tiene más familia?

—Que yo recuerde un hermano varón, pero si ella es rara él le da tres vueltas. Una grandísima pena, la verdad —anheló Alison. Por dinero podría hacer casi cualquier cosa.

—Seguro que sí —respondió Holly con la certeza de que en aquel momento su hermana pensaba únicamente en el patrimonio del chico.

Siguieron conversando hasta que una joven de cabellos coloridos entró en sala. La guionista estaba segura de no haberla visto antes en la cena. Entornó los ojos durante unos segundos y supo de quién se trataba. La mujer lucía un vestido nude con transparencias y pedrería multicolor de una diseñadora italiana.

—Ava, ¿estás viendo lo mismo que yo?

Su amiga se giró hacia donde ella apuntaba con la cabeza y volvió a mirarla.

—¡Es Juliet!

Las dos asintieron.

—Sí. La misma que canta y baila —susurró Alison, tan perpleja como las demás.

Todas la siguieron con la mirada expectante. La nueva invitada saludaba cordialmente a todo aquel que la iba reconociendo. Caminaba con elegancia acaparando la atención y una sonrisa triunfante en el rostro, cuando llegó hasta donde estaban ellas, que se habían quedado mudas. La primera en hablar fue Holly.

—Hola, Juliet —le tendió la mano, pero esta se acercó a ella y, en lugar de estrechársela, le dio dos besos.

—Hola, Holly —sus ojos la escrutaron de arriba abajo con cierto desprecio—. No has cambiado nada, sigues igual de flaca.

—Tú, que me ves con muy buenos ojos —intentó bromear—. Muchas gracias por el cumplido. Tú también estás muy guapa.

Aunque no era cierto del todo. Juliet había cambiado mucho, muchísimo. El tono del pelo, ahora de color violeta, la forma de vestir, ahora más provocativa, el color de los ojos, incluso la manera de dirigirse a la gente.

Saludó a las demás chicas que, aunque intentaron disimular, no lograron ocultar su fascinación y asombro. Juliet se había convertido en una de ellas. Elegante y sofisticada. Una mujer con ganas de comerse el mundo.

—Me alegra veros, chicas —anunció, mirándolas a todas.

—Lo mismo decimos. Parece que fue ayer. Cuántos años han pasado, ¿dos, tres? —apostilló Ava.

Holly le dio un codazo.

—Exactamente seis años —el brillo de sus ojos era pura malicia.

La incomodidad de las chicas se hizo patente.

—Vuestro hermano, ¿bien? —preguntó, con un aire que rozaba siempre el coqueteo y refiriéndose a Curtis.

Alison miró a Holly.

—Sí, bien —anunció la guionista—. Hoy no ha venido porque tenía otro compromiso, pero seguro que coincidiréis en otra ocasión.

—Y sigue soltero —intervino Ava, que al momento supo que había metido la pata, y hasta el fondo.

Todas centraron la atención en ambas. Juliet asintió. Sus dientes blancos brillaron al sonreír.

—Chicas, ha sido un gusto volver a veros. Qué os parece si un día de estos quedamos para tomar un té y ponernos al día. Seguro que tenéis muchas novedades para contarme —propuso, con una naturalidad fingida.

—Por supuesto que sí. Será un placer —observó a las demás buscando su apoyo—, ¡verdad, chicas!

Ellas asintieron. Unos pasos a su derecha estaba Theo y Cooper, a los cuales también saludó con efusividad y les entregó una tarjeta de color rojo caramelo a cada uno. A todas luces parecía conocer a cada uno de los invitados de la fiesta.

Catalina se acercó al grupo de chicas con un joven que nunca habían visto antes.

—Chicas. Quiero presentaros a mi hermano, Juan Ignacio. Ha llegado hace escasos minutos desde Argentina expresamente para felicitarme. ¿No os parece adorable? —seguía agarrada de su brazo dando la impresión de que se habían echado mucho de menos.

El joven, que rondaría los treinta años, se acercó a cada una de ellas para darles un único beso, como es costumbre en Argentina. Allá, en lugar de estrechar la mano el saludo formal era un único beso, fuese hombre o mujer.

—Tu cara me suena —intervino Ava, la más lanzada del grupo—. ¿Nos hemos visto antes?

—Querida, es posible que su rostro te resulte familiar. Mi hermano es cantante y compositor. Ha escrito canciones para muchos artistas de distintos países —subrayó la orgullosa hermana.

Ellas asintieron. No era de esos que se habían hecho famosos por sus letras y videos polémicos sino por escribir con transparencia y respeto, especialmente hacia la mujer.

—Ahora te recuerdo. No hace mucho has recibido un premio de una cadena musical —miró a Holly—. ¡Yo estuve en esa gala!

Él asintió, apretando los labios.

—Pasaré el verano aquí, con nosotros, ¿no os parece maravilloso? Tantos años sin verlo y por fin lo tendré para mí tres meses seguidos —susurró ilusionada.

—Me parece estupendo, Catalina. Ahora a descontar el tiempo perdido. Seguro que tenéis mucho de qué hablar —opinó la guionista.

—Estábamos en contacto muy a menudo —musitó en respuesta.

—Como dicen los españoles, la morriña del país, de las costumbres y las gentes —señaló Holly.

—Venimos de una familia con muchos arraigos. Siempre hemos estado muy unidos —afirmó ella.

—Hasta que te enamoraste de un inglés y emigraste a estas tierras, de clima templado y húmedo —bromeó el hermano. Las risas estallaron por doquier.

—Si nos perdonáis voy a seguir con las presentaciones que todavía me queda mucha gente —se disculpó, tomando del brazo al recién llegado.

—El tío está cañón —confesó Ava a las demás. Era de estatura media, como casi todos los argentinos, de cabellos oscuros, como su hermana, aunque él lo llevaba largo hasta los hombros, ojos azules, nariz perfilada y vestía totalmente de negro.

Al irse, Alison avistó a su exmarido muy cerca. Miró a su hermana y esta, acostumbrada a leer entre líneas, supo cuáles eran sus intenciones en aquel instante.

—No lo hagas —susurró a su oído, pellizcándole disimuladamente la pierna a través del vestido, aunque de nada sirvió. Sus pasos se dirigieron hacia los diseñadores y su intención era provocar celos en Milton.

—Me da la impresión que tu hermana ha vuelto a entrar en acción —comentó Ava—. No hace más que provocarlo y luego vienen las consecuencias. Él se enfurece porque todos sabemos que sigue enamorado de tu hermana y va tras ella para reprocharle que es una desvergonzada, se crea confusión, se arma la marimorena y a él lo expulsan de la fiesta. Siempre ocurre lo mismo.

Se había agarrado de los brazos de Theo y Cooper y reía de manera exagerada, llamando la atención de todos, especialmente la de Milton, que enseguida se percató de su intención y se dirigió hacia ellos. Ava y Holly hicieron lo mismo.

—Dejad tranquila a mi mujer —dijo, señalándolos con un dedo.

Todos se percataron de que llevaba encima varias copas de más.

—Ya no soy tu mujer, Milton —balbuceó ella, que no se había soltado de los brazos de los modistos.

Ava tiró de él hacia una esquina, pero este se resistió.

—Solo estábamos charlando —intervino Theo.

—Ella es mi mujer —insistió y se acercó a ella—. Vamos, te llevo a casa.

—¿Yo contigo? Ni muerta. Mírate. Con la borrachera que tienes no sabrás ni dónde está el pedal del freno —meneó la cabeza y lo taladró con la mirada—. Y vuelvo a insistir. Tú y yo ya no estamos casados así que deja de seguirme y de atosigarme. Con mi vida hago lo que me da la gana y ahora mismo lo que me apetece es tomarme una copa con estos dos caballeros.

—¿Te los vas a follar esta noche? —bramó, en un tono muy poco cortés que no se molestó en bajar—. Ninguno te hará el amor como yo —el alcohol le dio confianza para hacer ese último comentario.

Cooper se soltó de su brazo para acercarse a aquel hombre que claramente se moría de celos.

—¿Te crees más hombre bebiendo y diciendo esas barbaridades? Por favor, pídele disculpas.

Por un instante su buen talante había desaparecido.

Los invitados que estaban cerca de ellos guardaban silencio. Holly supo que era el momento de intervenir o aquello acabaría mal. Se acercó a Alison y la sacó del salón.

—¿Se puede saber qué pretendías ahí dentro?

—¿Yo? Simplemente divertirme, como tú —contestó entre risas.

—No. Como yo, no. Has hecho eso conociendo de antemano su reacción. Has jugado sucio y no es la primera vez que lo haces. Eres mi hermana y te quiero mucho, pero no me parece bien que trates así a Milton. ¿No te das cuenta que todo lo hace porque sigue enamorado de ti? No soporta verte rodeada de hombres.

—Querida. Se nota que escribes guiones románticos pero la vida real no es así. Milton y yo estamos divorciados y, lo quiera o no, tiene que aceptarlo —arguyó—. Imagínate su reacción si yo tuviese pareja —bufó varias veces—. Siempre ha sido un hombre celoso, pero lo de estos últimos meses es demasiado. Estoy pensando en poner una denuncia en la policía.

—Te estás precipitando. Deja que hable con él, a ver si entra en razón —propuso la guionista.

—¿Lo has escuchado? No dice más que atrocidades. ¡Qué más da con quién me acueste!

—Alison —la tomó de un brazo mientras salían a la terraza de la mansión de los Miller—. Erais una pareja feliz hasta que te encontró con aquel español, ¿cómo se llamaba?

—Su nombre es Félix —en sus labios afloró una sonrisa—. La historia con ese chico ha sido corta pero muy intensa.

Su hermana dejó escapar aire por la nariz y miró hacia el aparcamiento que había al este de la mansión. Le había parecido ver el coche de su hermano, un Jaguar de color rojo caldera. Un vehículo reconocible en cualquier lugar.

—¿Sabías que nosotros, los ingleses, esperamos a la sexta cita para tener sexo mientras que los españoles lo hacen en la primera? —movió los hombros en señal de no comprender.

—Alison, ¿cuándo vas a sentar esa cabeza loca? Parece mentira que sea yo la hermana menor. Te recuerdo que el sexo fue la razón que te separó de tu marido. Le fuiste infiel y él se siente dolido por ello.

—Sabes que lo nuestro no iba bien desde hacía meses —se excusó.

—Eso no es verdad —la señaló con un dedo.

En el instante en que Holly iba a replicar se escucharon gritos en el interior del salón. Las dos entraron con paso apresurado. El matrimonio Miller estaba rodeado por varias parejas. Catalina tenía el rostro muy pálido y se llevaba la mano derecha al pecho constantemente. Cuando llegaron a su lado supieron que mientras todos estaban divirtiéndose en el salón, alguien había subido a los aposentos del matrimonio y había robado las joyas familiares y varios cuadros de valor incalculable. Dos oficiales de la Policía Metropolitana, vestidos con sus trajes oscuros, camisa blanca, corbata y el típico casco custodio, se personaron en la mansión para investigar el suceso. Estos pidieron a todos los invitados que volviesen a entrar en el salón pues debían hablar con todos y cada uno de ellos. Hasta el momento todos eran sospechosos y la lista era larga; más de doscientos invitados que debían justificar dónde habían estado. Unos minutos después y dada la importancia del robo y la buena reputación de la familia, se presentó el comisario, la persona de máxima autoridad y que estaba al frente de la Policía Metropolitana. Los oficiales pidieron refuerzos y, mientras unos tomaban las huellas de los invitados, otros los interrogaban y otros revisaban el interior y el exterior de la casa en busca de posibles vestigios.

—Tú de estas cosas sabes mucho. Deberían consultarte —opinó Alison.

—Te equivocas. Yo de esto no sé nada. Se trata de un robo y no un crimen. Yo investigo asesinatos —respondió en voz baja para no llamar la atención.

—Oye, Holly. ¿No habías escrito un guion en el que sucedían episodios similares al de esta noche? —instó Ava que estaba sentada a su lado.

La guionista giró el cuerpo despacio hacia su amiga.

—¿A santo de qué viene este comentario? ¿Acaso crees que el robo está basado en un guion que he escrito hace tiempo?

Ava respondió con una breve inclinación.

—¿De verdad crees eso?

Juan Ignacio estaba cerca de ellas y escuchó la conversación. *

La jefa de policía Keira Morrison, una mujer con gran prestigio profesional, es emplazada para investigar la cronología de un doble asesinato sin resolver en la ciudad londinense de Dartford. Los hechos habrían sucedido diez años atrás. El vehículo del matrimonio Evans salió de la carretera y habrían fallecido los dos. Todo apuntaba a que habrían sido un accidente fortuito pero el investigador Harry Atwater no lo creía así, y cuando estaba dispuesto a desenmascarar a todos los implicados, con todo lo que eso conllevaba, sufrió un accidente muy parecido al de la pareja y el juez dio la orden de archivar el caso. De esa nueva y trepidante investigación emergió un episodio del pasado en el que varias personas en busca de la verdad, se vieron envueltas en una trama de celos y rabia.

Un thriller que te hará pasar por distintos estados de ánimo.

*****MEJORES COMENTARIOS*****

- *Es una novela llena de muchos sentimientos
 - *Es un placer leerla porque de todas sus novelas se aprende algo
 - *Autora que conquista con sus letras y no te debes perder
 - *Es una historia muy bien narrada y que he disfrutado leyéndola desde principio hasta el final
 - *En este libro el suspense y la acción van de la mano, las mentiras, la traición y un pasado que vuelve para desvelar secretos ocultos
 - *La trama es engil y mantiene en vilo al lector hasta el final
 - *Sandra es una experta en mezclar novela romántica con thriller y suspense
 - *Un soplo de aire fresco con una forma de narrar fantástica
 - *Lo compré; esta mañana y no he podido dejar de leerlo
 - *Todas las historias de Sandra te atrapan, esta no es la excepción
 - *Un thriller fascinante donde las mujeres tienen un papel muy importante, son valientes y luchan por conseguir sus objetivos ☐
-

Matame Si Puedes, Buenos Aires - Restaurant Reviews - Matame, si puedes! por Sandra Estévez Calvar, 9781075863424, disponible en Book Depository con envío gratis. 2019; Editorial Independently Published; Idioma Spanish; ISBN10 1075863422; ISBN13 9781075863424.

¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) - Kindle edition by - Read Michelle Obama's new book, Mi historia (Spanish Edition). Published on. Descargar libro ¡Mátame, si puedes! de Sandra Estévez Calvar - PDF EPUB. Traducción Kalen, este inglés - Eriginal Books Nuestra visión: multiplicar autores y lectores hispanos. Eriginal Books shared a photo. August 7 at 4:49 AM · ¡MÁTAME SI PUEDES! de Sandra Estévez Calvar.. Clínica del Descanso (Spanish Edition) by Amanda Fox.

¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) - Kindle edition by - Compre o eBook ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition), de Sandra Estévez Calvar, na loja eBooks Kindle. Encontre ofertas, os livros mais vendidos e dicas de ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) eBook - Amazon UK - Matame, si puedes! by Sandra Estevez Calvar. \$11.94. Paperback Buscame (Find Me - Spanish Edition). by J. S. Monroe. \$19.94. Paperback softback. Eriginal Books - 634 Photos - Product/Service - - Facebook - Eriginal Books Nuestra visión: multiplicar autores y lectores hispanos. Eriginal Books shared a photo. August 7 at 4:49 AM · ¡MÁTAME SI PUEDES! de Sandra Estévez Calvar.. Clínica del Descanso (Spanish Edition) by Amanda Fox. Capítulos de la serie CSI: Las Vegas: - Ecoteuve.es - Look inside this book. ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) by [Estévez Calvar, Sandra. Sandra Estévez Calvar. ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition). ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) eBook - Amazon - Commencez à lire ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) sur votre Kindle dans moins d'une minute. Vous n'avez pas encore de Kindle ? Obtenez votre Kindle Amazon.com.br eBooks Kindle: ¡Mátame, si puedes! (Spanish - Amazon.com: ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) (9781075863424): Sandra Estévez Calvar: Books. Capítulos de la serie CSI: Las Vegas: - Ecoteuve.es - Mátame, si puedes! (Spanish Edition) eBook: Sandra Estévez Calvar: Amazon.co.uk: Kindle Store. ¡Mátame, si puedes! (Spanish Edition) eBook: Sandra - Amazon.ca - Reserve a table at Matame Si Puedes, Buenos Aires on TripAdvisor: See 3 unbiased reviews of Matame Si Puedes, rated 2.5 of 5 on

Relevant Books

[\[DOWNLOAD \]](#) - Read Emmaus

[\[DOWNLOAD \]](#) - Download The Delgado Killings pdf

[\[DOWNLOAD \]](#) - Read Plasmids of Eukaryotes: Fundamentals and Applications

[\[DOWNLOAD \]](#) - Earth Structures: In Transport, Water and Environmental Engineering pdf, epub

[\[DOWNLOAD \]](#) - All-of-a-Kind Family Downtown (All-of-a-Kind Family Classics) epub, pdf
